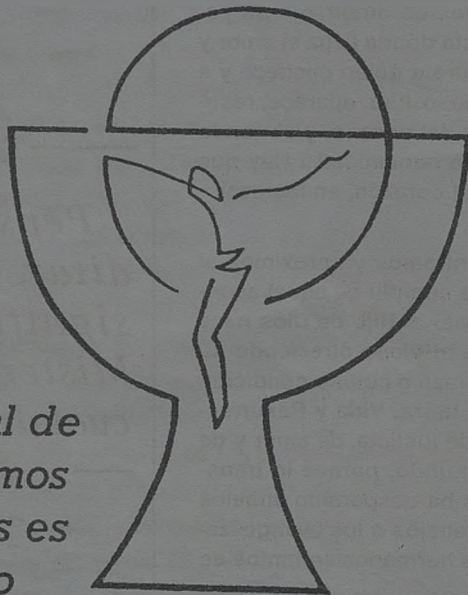


"DIOS" ES UNA PALABRA (I)

A menudo nos sucede con las palabras lo que con las cosas, que a fuerza de usarlas se desgastan. Hoy son ya pocos los que saben que Teodoro una vez significó en griego "regalo de Dios" o que en latín Carmen quería decir "poema cantado". Tal vez algunos más sí sepan que en hebreo Moisés equivalía a "salvado de las aguas" y que Enmanuel a "Dios con nosotros". En la actualidad estamos asistiendo a la fase final de desgaste de algunos nombres, como, por ejemplo, los apellidos Herrero o Molinero, que aluden a antepasados que se dedicaron a trabajar el hierro o en la molinera, aunque quien hoy lleve el apellido no ejerza ya tales oficios. Previsiblemente, dentro de unos siglos desaparecerán dichos oficios, aunque perdurarán las palabras y habrá que consultar un diccionario para entenderlas. Pues bien, algo parecido es lo que ha pasado con la palabra "Dios".



La señal de los últimos tiempos es un poco de pan partido, fermento de un mundo unido en una comunión sin precedentes.

Las palabras son signos, intermediarios entre la cosa designada, nombrada y nosotros. Nadie puede meterse un árbol o una casa en la cabeza. ¡Desde luego! Verdad es que por ello tenemos que estarles bien agradecidos a las palabras. Ahora bien, cuando uno oye o lee la palabra "árbol" o "casa", enseguida se representa mentalmente tales objetos, pues tenemos experiencia cercana de ellos. ¿Pero sucede lo mismo cuando se trata de la palabra "Dios"? Y el problema no es menor: hay quien dice que Dios no existe o que a Dios nadie le vio jamás o que quien a Dios ve se muere. ¿A qué o a quién, pues, nos referimos cuando usamos la palabra "Dios"?

Podría decirse que cada hombre tiene una experiencia particular de Dios y, por lo tanto, una imagen particular de El. Quizá algunos, llevados por la materialidad de la palabra, lo imaginan como Alguien masculino y singular frente a "dioses", "diosa" o "diosas"; o lo que es lo mismo, como un varón. ¡Pero no hay que preocuparse! Así lo imaginó el genial Miguel Ángel, que en la Capilla Sixtina nos dejó pintado a Dios como un señor de barbas y muy mayor. A propósito de esto, una curiosidad: los judíos sefardíes, aquellos que rezaron en las sinagogas de Toledo hasta que los Reyes Católicos decretaron su expulsión, tan celosos fueron de su único Dios -para ellos el Dios único- que la s final de la palabra "Dios" les pareció indicar plural y, para asegurarse, le llamaron "Dío" en vez de "Dios". Valga como muestra esta aproximación al problema para no hablar ahora del Dios de los filósofos o del de otras religiones.

Pero las palabras, como los seres vivos, tienen su historia: nacen (cuando necesitamos nombrar algo nuevo), crecen (pues amplían, cambian sus significados), se reproducen (pues crean familias) y, a veces, mueren. Por cierto -y la pregunta no es banal-, ¿qué ocurriría si un día muriera sin dejar rastro la palabra "Dios"? Alguien ha dicho que nos convertiríamos en animales hábiles o en pecadores eternamente perdidos. Pero no temamos. Mientras la palabra esté viva, habrá esperanza.

Julio Javier Sangrador Fontecha